

LOS PILARES DE LA TIERRA. LA HISTORIA DETRÁS DE LA NOVELA

Isabel Belmonte

1

Aquellas gentes

EL PAÍS

Inglaterra tiene una extensión que no llega a la mitad de la de España, y posee la doble condición de ser una isla y no estar lejos de Europa, pues el Canal de la Mancha solo tiene 33 kilómetros de ancho en su parte más estrecha. Esto, por un lado, le confiere una personalidad propia y, por otro, lo hace partícipe de los caracteres físicos y humanos del continente. El mar penetra profundamente en la tierra, de modo que ningún punto del interior dista más de cien kilómetros del mar.

En cuanto a sus características físicas, el norte y el oeste están constituidos por macizos fragmentados de trescientos a cuatrocientos metros de altitud donde el viento del oeste, el frescor del verano y la prolongada duración de la nieve han producido un paisaje de herbazales y turberas que resultaba hostil al poblamiento. Por eso desde la antigüedad las zonas más pobladas fueron las del este y el sur, donde las llanuras sedimentarias eran más amables para la subsistencia.

Esta zona que mira al continente —zona de cuevas, colinas, depresiones y mesetas— es donde se desarrolla la acción principal de Los pilares de la Tierra. En general, allí el invierno es suave, el verano fresco y la humedad constante porque las lluvias se reparten a lo largo de todo el año (algo más en invierno); en cambio, son numerosos los días de niebla, de cielos plomizos y ventosos.

Esto favorece que en el sur y el este se extiendan los bosques de robles, hayas, olmos, carpes, castaños, avellanos y arces, árboles que durante el otoño pierden sus hojas. Solo los tejos, los laureles, el acebo y el boj permanecen verdes en el invierno, en medio de un paisaje de troncos y ramas desnudos.

Sobre el suelo de las islas británicas se asentaron celtas, romanos, anglos, sajones, frisonos, jutos, pictos, escotos, daneses, noruegos, normandos, franceses, flamencos, bretones, italianos, judíos... Como toda Europa, Inglaterra ha sido y es el resultado de la mezcla de distintos pueblos y culturas, del estrecho contacto con el continente y del intercambio comercial a pequeña y gran escala.

Diferentes lenguas y costumbres se superpusieron, se entrelazaron o permanecieron ajenas unas a otras dentro de una razonable coexistencia. Las lenguas predominantes eran el gaélico, el danés y algunos dialectos del inglés con palabras danesas

incorporadas; en el período que nos ocupa, se impuso el francés, que llegó de la mano de los normandos cuando estos, a partir de 1066, se convirtieron en la élite política, económica y religiosa, aunque mayoritariamente la gente seguía hablando en inglés con distintas variantes. Este idioma a mediados del siglo XII había asimilado multitud de términos franceses. Además, existía otra lengua, oficial, ritual, escrita y más universal: el latín de la Iglesia.

En algunas ciudades, sobre todo en las afamadas por sus mercados, había mayor variedad lingüística, pero hay que señalar que el 90 % de la población vivía en comunidades rurales.

Cuando se inicia la novela, al norte de los ríos Tweed en el este y Liddel en el oeste se hallaba el reino de Escocia; el resto de la gran isla estaba ocupado por el reino de Inglaterra, entonces en poder de los normandos. Dentro de este último reino destacaba un país con personalidad propia, el País de Gales, separado de Inglaterra por el dique de Offa, una gran muralla de poco más de cien kilómetros, en parte construida sobre terreno abrupto, que enlazaba los estuarios del río Dee y del Severn. Este dique era un legado del siglo VIII.

LA POBLACIÓN

En relación con otros lugares del continente, Inglaterra era un país poco poblado. Se ha estimado que en 1086 tenía alrededor de 1.100.000 habitantes, cifra que creció de forma paulatina entre un 0,2 y un 0,5 % anual a lo largo de todo el siglo XII. Era un crecimiento inferior al de Francia o al de Alemania, aunque se aceleró en la segunda mitad de la centuria. En 1300 esta población se había triplicado y alcanzaba los 3.700.000 habitantes tras un siglo XIII particularmente fértil.

La alta natalidad superaba a una mortalidad también sumamente elevada. Las familias solían tener entre cinco y seis hijos de media, pero pocos de ellos conseguían superar los dos años de vida: la mortalidad infantil rondaba el 30 %, y sobrepasar los veinte era un hecho afortunado. Si se lograba esta supervivencia era probable que se pudieran alcanzar los cuarenta años. La esperanza de vida de la época oscilaba entre los veintinueve y los treinta y dos años, de modo que la vida era breve.

Así que hablamos de una población que crecía, que era joven (aunque siempre había excepciones) y que además era mayoritariamente masculina. La mujer era un bien escaso puesto que había alrededor de 140 varones por cada 100 mujeres. Se ha calculado que un tercio de la población era célibe o estéril, y esto afectaba en especial a los varones, ya que había pocas mujeres solteras, debido a la demanda.

La niñez y la adolescencia discurrían hasta los catorce años; de los catorce hasta los veintiuno se consideraba la plenitud viril, desde los veintiuno hasta los cincuenta era la madurez y a partir de entonces, la vejez. Se trata de datos elaborados desde una perspectiva histórica, ya que en su momento los límites entre unas etapas y otras eran difusos, entre otras cosas porque muy poca gente sabía con exactitud la edad que tenía y el trabajo dependía menos de esta y más de la corpulencia y fuerza que se tenían.

Ciertamente había pocos ancianos y además, salvo en los medios eclesiásticos o en el caso de la Corona, estos apenas tenían protagonismo social a causa de su incapacidad para servir en la guerra o trabajar. En Francia, por ejemplo, ningún rey del siglo XII alcanzó los cincuenta años; en Inglaterra, salvo Guillermo II el Rojo (William Rufus) que murió con cuarenta años, todos sobrepasaron los sesenta, y donde más ancianos se podía hallar era entre los monjes.

El crecimiento de la población significaba más bocas que alimentar. El empeño en solucionar el problema del sustento y de cómo hacer frente al invierno o a la escasez daría lugar a una parte de las innovaciones del siglo XII.

Todo dependía de la tierra y, por tanto, de las condiciones climáticas, y ambas de la voluntad de Dios. En general el siglo XII fue una centuria benigna, en el sentido de que no hubo grandes catástrofes naturales ni tampoco epidemias. Algo más frío y lluvioso en la segunda mitad, pudo consolidar el crecimiento económico que ya se había producido en la centuria anterior.

A pesar de los adelantos, innovaciones y sobre todo de los espectaculares avances tecnológicos del siglo XII, la población era sumamente vulnerable. Ya hemos dicho que la tasa de mortalidad era alta y, aunque en conjunto fue un buen siglo, dos años seguidos de malas cosechas, o la pérdida de una de ellas, provocaban el hambre.

Aunque no hubo grandes epidemias, el hombre de entonces sufría enfermedades endémicas como la tuberculosis (asociada con el escrofulismo) y la lepra, y eran frecuentes los trastornos digestivos (disentería, diarrea), la cirrosis, los trastornos nerviosos, el herpes, la epilepsia, la demencia, las malformaciones y la muerte por parto. Escasos eran los conocimientos médicos para enfrentarse a estos males, hasta que empezaron a conocerse traducciones de libros de medicina en el siglo XIII, por lo que se solía responder ante la enfermedad con miedo, con piedad, con argumentos teológicos —castigo de Dios, prueba de Dios— y con el aislamiento. Una de las figuras más populares en los sermones de la época era el bueno de Job cubierto de llagas a consecuencia de la prueba a que fue sometido por voluntad divina.

No existía la noción de prevención; si acaso, había algún hospital, mantenido por la caridad privada, algún lazareto para aislar a los leprosos y las enfermerías de los conventos, que eran más numerosas y al menos constituían buenos lugares donde morir. Gran parte de los trastornos y contagios, sobre todo los digestivos, hubieran podido paliarse con el simple uso del agua y el jabón, pero el buen estado del agua era algo que no se conocía y lavarse no era costumbre ni estaba bien visto. No había que tentar al diablo. Se recomendaba, sin que fuera obligatorio, que los hombres se bañaran al menos dos veces al año, por Navidad y Pentecostés en el caso de los monjes y en Pascua de Resurrección y San Miguel todos los demás; la mañana del día de la boda y una vez al mes era lo indicado para las mujeres. Pero estas recomendaciones quizá fueran mínimas. En tiempos posteriores, en el año 1210, el rey Juan, que en sus viajes se empeñaba en llevar consigo su bañera, se bañó nada menos que en ocho ocasiones a lo largo de cuatro meses y medio.

Otro asunto grave en la época eran los accidentes con resultado de fracturas, o la mutilación de manos o pies, una pena judicial muy extendida. En ambos casos la

imposibilidad transitoria o definitiva de trabajar relegaba al hombre a la miseria o la mendicidad. No hay que olvidar que las principales fuentes de energía en aquel entonces eran la fuerza humana y la fuerza animal.

Así que, no habiendo una mejora notable ni en la medicina ni en la higiene, ni pudiendo acudir a la explicación del milagro (aunque la gente de entonces sí lo hacía), se supone que si la población crecía se debía, por un lado, a la ausencia de grandes catástrofes y, por otro, a una mejor alimentación. Al estar más alimentada tenía mayor resistencia a las enfermedades, lo cual nos lleva a detenernos en la dieta habitual del siglo XII.

El pan de harina integral de cebada, trigo y centeno y grandes cantidades de cerveza de baja graduación constituían la base de la dieta de los pobres; verduras y hortalizas, algo de carne, queso, leche y mantequilla completaban su alimentación en circunstancias normales. Esto explica que se controlara tanto el precio del pan como el de la cerveza para evitar las hambrunas.

La dieta de los ricos era fundamentalmente carnívora —lo que incluía todo tipo de aves, sobre todo las no domésticas—, a lo que se sumaba un alto consumo de pan, pescado y dulces. El menú de las buenas mesas, además, se aderezaba con pimienta y jengibre, que eran sumamente caros.

LAS ALDEAS Y LAS CIUDADES

Al igual que había ocurrido en el pasado y seguiría ocurriendo durante muchos siglos en Europa, en el siglo XII la tierra lo era todo. Era tanto la fuente para la supervivencia como la del poder y la del puesto que se ocupaba en la sociedad, además del motor que impulsaba a otros sectores económicos como el comercio, la artesanía, la construcción.

El Domesday Book es el documento fundamental para conocer cuál era la situación en Inglaterra en este aspecto. En 1085 el rey Guillermo I el Conquistador envió por todo el reino a sus funcionarios para que registraran por escrito a los propietarios y las propiedades del país. Todo tipo de bienes quedó así catalogado conforme a unas preguntas preestablecidas (Inquisitio Eliensis), así como las rentas, las tasas y las ganancias destinadas al rey.

Con las respuestas obtenidas se compiló este censo-catastro en dos volúmenes. El primero abarcaba casi todo el reino y el segundo recogía los datos de los condados de Essex, Suffolk y Norfolk. La información o registro de las tierras situadas más allá del dique de Offa en el oeste (la frontera tradicional entre Inglaterra y Gales) y de las del Ribble y el Tees en el norte, es escasa, y no hay ninguna referida a Londres ni a Winchester.

Los ingleses llamaron a este censo-catastro Domesday Book, es decir, «Libro del Día del Juicio», puesto que las estimaciones y datos que contenía eran irrevocables, como el día del Juicio Final. El anónimo autor de la Crónica anglosajona (que se actualizaba cada año) escribía en una abadía del sur de Inglaterra: «Tan a fondo ha sido realizada esta investigación que no hay un solo hide ni una sola pértica* de tierra, ni (da vergüenza decirlo, pero él no se ha avergonzado de hacerlo) un buey, ni una vaca, ni

tampoco un cerdo que haya escapado al censo».

El Domesday Book se guarda en la tesorería de Winchester. En él están registrados ya los nuevos arrendatarios establecidos por Guillermo I, y entre los 180 principales que figuran en el Domesday apenas se cuentan media docena de ingleses. Según los datos de este documento, la situación sería la siguiente:

El rey y su familia inmediata 20 % de la tierra.

Los barones laicos, incluyendo

a los dos hermanastros del rey 48 % de la tierra.

La Iglesia, alrededor del 26 % de la tierra.

Los barones ingleses que

eran propietarios antes de la invasión normanda 5 % de la tierra.

También están recogidos los nombres de muchos arrendatarios y el de unos pocos subarrendatarios, lo que indica que los principales arrendatarios que habían tomado parte en la conquista llamaron a sus propios arrendatarios y vecinos a unirse a ellos formando unidades de combate unidas por un compromiso personal.

Por otro lado, cita también unos veintitrés monasterios normandos y siete franceses como poseedores de feudos en Inglaterra. Muchos de los fundados en este país estuvieron bajo la dirección de monasterios de Francia.

Asimismo se registra la presencia de franceses en siete municipios ingleses, de lo que se deduce una nueva extensión de las ciudades. Pero parece que el proceso por el que los normandos tomaron posesión de la tierra y de la Iglesia y, en menor grado, participaron en el comercio inglés se prolongó después de 1086 a lo largo de varias décadas, pues el reparto de tierras continuó durante el reinado de Guillermo II el Rojo e incluso en el de Enrique I, quien «levantó del polvo» a nuevas familias. Algunas de estas últimas fortunas se hicieron en parte con las propiedades de familias normandas que se arruinaron.*

De este modo conocemos cómo estaban distribuidas las tierras inglesas entre los grandes señores laicos y eclesiásticos, mayoritariamente normandos, que habían intervenido en la conquista o habían prestado servicios al rey.

La propiedad de la tierra no estaba clara, pero en términos generales se puede decir que era de la Corona y que esta la otorgaba para su uso y disfrute a señores y monasterios a cambio de unos servicios durante toda su vida. Estos señores transmitían a sus herederos las propiedades y las condiciones que pesaban sobre ellas, pero, si morían sin descendencia, retornaban a la Corona, que o bien percibía sus rentas durante un tiempo (a veces años), o bien las volvía a otorgar a nuevos señores. Cuando un monasterio o un obispado no tenían abad u obispo, las rentas de las tierras de la abadía o de la sede también revertían en la Corona.

Así, el reino de Inglaterra se hallaba repartido entre señores laicos o eclesiásticos que tenían grandes «estados» territoriales, los cuales estaban separados entre sí o bastante desperdigados. Debido a su experiencia en el ducado de Normandía, los reyes, desde Guillermo I, evitaron que un señor con dominios extensos y continuos pudiera hacerse fuerte, lograr demasiada autonomía o aspirar a crear un principado independiente.

Solo en las fronteras con el País de Gales o con Escocia se hizo una salvedad, al otorgarse las tierras a señores de confianza o de gran lealtad al rey.

La aldea

En las propiedades territoriales de los nuevos señores había campesinos instalados desde tiempo atrás, a veces muy remoto. Estos campesinos vivían en aldeas y trabajaban las tierras para el señor anterior, y a ellos se sumaron nuevos campesinos proporcionados por el crecimiento de la población y por los llegados desde Normandía* o de otros lugares. Se crearon nuevas aldeas, o se ampliaron las ya existentes, como si echaran brotes.

En una gran propiedad podía haber una o varias aldeas, dependiendo de su extensión y de la población, y aunque el señor viviera en uno solo de sus dominios o en Normandía, sus arrendatarios, y los subarrendatarios de estos, sí estaban presentes en todas sus tierras, o al menos era frecuente su paso por ellas para vigilarlas.

El 90 % de la población vivía en las aldeas. Como se buscaban los puntos de agua (arroyos, ríos, fuentes, costas), se huía de los suelos pobres y abruptos y había una gran extensión de bosques, en general estas aldeas no distaban mucho unas de otras, ni de otras poblaciones mayores, porque las zonas elegidas para asentarlas tendían a perpetuarse. Además, a los señores parecía interesarles esta concentración de sus trabajadores. Otros factores que intervenían en ella eran el parentesco, la existencia de tierras comunales o las tradiciones.

Estos núcleos eran de reducidas dimensiones; en las Highlands no sobrepasaban las quince casas y lo habitual era que rondaran las diez. Se disponían en torno a un centro, una iglesia que era su parroquia, un cementerio, un castillo, un monasterio o una casa señorial y sus dependencias. Había multitud de variantes y formas en función de la orografía, de la antigüedad, o de las nuevas construcciones de los normandos (como castillos o empalizadas).

Las casas eran de adobe con techo de paja; a veces, simplemente, eran de ramaje y tierra sobre una estructura de madera clavada en el suelo. Solían disponer de dos habitaciones: en una se almacenaba comida, herramientas, paja, y a veces se resguardaba algún animal; en la otra, comía y dormía toda la familia: los padres, los hijos solteros y los abuelos, si los hubiera, que no se valían por sí mismos.

En el centro de esta estancia había un fuego —cuyo humo salía al exterior a través de un agujero en el techo—, que era el único elemento fijo y del cual provenía el calor y la luz por la noche. A su alrededor se cocinaba, se secaba la ropa y el calzado, se preparaban los ahumados (cerdo sobre todo) para el invierno y se dormía. Todo lo demás era desmontable. La mesa para comer o trabajar, que consistía en una tabla y unos borriquetes, se instalaba y se recogía cuando terminaba su función, al igual que los colchones de paja se extendían o se amontonaban y las mantas de lana o de piel de cordero se guardaban cada día en un arcón.

Alrededor de la casa había un terreno, huerto o jardín, en el que se plantaban frutales,

verduras, hierbas aromáticas y donde se instalaban las colmenas y el gallinero. Era un espacio en el que cada familia intentaba abastecerse de alimentos según su gusto, pues en él podía actuar libremente.

No muy lejos se encontraba la mansión señorial, que según el lugar tenía distintas categorías: un castillo, un monasterio o una casa solariega ocupada por el representante del señor o por un caballero, hombre destacado de la zona. Esta mansión, también de madera, solía contar con un piso inferior donde estaban los almacenes y bodegas, y un piso superior con el salón principal, centro de la vida social. A veces esta casa tenía más dependencias; una de ellas, cercana, era el molino donde toda la aldea debía moler el grano.

En la mayor parte de los casos, y desde mediados del siglo XII, el único edificio de piedra que se veía en las aldeas era la iglesia, a veces una parte de la casa solariega y por supuesto el castillo o el monasterio cuando la piedra sustituyó a la madera y en él vivía el señor, el abad o el prior.

Próximos a la aldea se extendían los campos de labor divididos en franjas largas, donde cada aldeano disponía de parcelas dispersas, de las mismas características. Eran los campos abiertos, que frecuentemente estaban distribuidos en cuartos de hide (quarters). Más allá se sucedían los prados, el bosque, el pantano o la marisma, que en la mayor parte de los condados tenían un uso común, salvo en Norfolk y algunas partes de Kent.*

La casa aislada

En la Inglaterra del Domesday Book los espacios solitarios eran raros y las aldeas o pueblos estaban muy próximos entre sí, bien porque se habían roturado los bosques y pastos que existían entre ellos, bien porque se habían fundado nuevas aldeas en medio de grandes espacios incultos.

Cuando había alguna casa aislada, solía ser para un uso temporal por parte de leñadores, cazadores, guardabosques, ermitaños, herreros y criadores de cerdos. También podía ser porque la situación y características de las tierras aprovechables lo imponían. En las costas de Lincolnshire, por ejemplo, las casas se levantaban sobre caminos y estaban separadas entre sí por las praderas y las marismas que las rodeaban. Otro caso similar se producía en las llanuras bajas situadas alrededor del Wash, en las marismas de las Fens, donde diques y canales y todo un proceso de desalación obligaban a los colonos a vivir aislados.

Por otro lado, cuando un campesino intentaba instalarse por su cuenta en algún lugar de las tierras comunales, en el bosque o en el borde de algún camino poco definido y poco transitado, tenía escasas posibilidades de hacerlo con éxito porque el señor de las tierras lo perseguía y lo denunciaba ante los tribunales, con lo que solía acabar despojado y multado.

Estas casas diferían bastante unas de otras. Desde la simple cabaña refugio de paso a la del nuevo colono, que hasta que la tierra produjera frutos vivía de lo que le proporcionaban algunos animales, a los que protegía (y de paso a sí mismo) con una

valla o seto.

La ciudad

El acierto en la elección del lugar de las antiguas ciudades romanas hizo que aún pervivieran en el siglo XII. Algunas de ellas se levantaron sobre poblaciones preexistentes como Canterbury (Durovernum), Silchester (Calleva), St. Albans (Verulamium), Colchester (Camulodunum) o Winchester (Venta), o tuvieron su origen en guarniciones militares, como Carlisle (Luguvalium) o Catterick (Cataractonium). Otras se consolidaron sobre las colonias creadas para alojar a los veteranos del ejército romano, como Gloucester (Glevum) o Lincoln (Lindum). Hubo ciudades que tras su destrucción no se reconstruyeron, como Wroxeter (Viroconium), mientras que otras tuvieron un constante dinamismo y crecimiento, como York (Eboracum), Londres (Londinium) o Bath (Aquae Sulis).

Los distintos pueblos que se instalaron en Britania tras la retirada de Roma habían reutilizado estos centros, y desde el siglo IX los vikingos, sobre todo daneses, impulsaron centros como Lincoln, Leicester, Derby, Nottingham, Stamford, York y Norwich, accesibles por vía fluvial desde el Mar del Norte.

Así, muchas de las ciudades normandas heredaron emplazamientos antiguos, pero desde 1066 y hasta 1135 se produjo una aceleración en la creación de nuevos centros urbanos, en torno a los castillos erigidos por los normandos para reforzar la ocupación. Oxford, Durham, Bristol, Peterborough y algo más tarde Salisbury, cerca de la ventosa Old Sarum, son algunos ejemplos de los cuarenta nuevos centros urbanos fundados en Inglaterra, a los que se sumaban dieciocho creados en Gales.* El ritmo de construcción se hizo más lento de 1135 a 1154, durante el reinado de Esteban y la guerra civil, y se recuperó a finales del siglo XII.

Otras ciudades se desarrollaron alrededor de un monasterio y su iglesia, o en torno a la combinación de castillo y monasterio, dependiendo en gran parte de sus fundadores. El esfuerzo constructor normando fue debido tanto al deseo de controlar el territorio como al reparto de tierras en premio por la participación en la conquista, pero su continuidad dependía del asentamiento de colonos que abastecían al castillo, al monasterio, al ejército o al mercado de la zona. Hubo fundaciones de la Corona (Newcastle) y fundaciones de señores locales, tanto laicos como eclesiásticos, interesados en el control de sus mercados, que por un lado daban salida a los productos de sus dominios y por otro proporcionaban nuevos ingresos: aduanas, peajes, etc.

Tomemos el ejemplo de Oxford, donde se edificó un castillo normando en 1071. Poco después, en 1111, se levantó en su proximidad una abadía, a la que más tarde se sumaron un hospital y un convento de monjas, todos situados a poca distancia del refugio de cazadores de Woodstock, que existía con anterioridad. En 1115 se otorgaron fueros al nuevo conjunto y, muy a finales del siglo XII, en 1191, adquirió el sello municipal. Por entonces ya había maestros dictando lecciones en la ciudad, donde se empezaba a formar un pequeño grupo de estudiantes.

Otro caso ilustrativo es el de Durham. En 995 el obispo Aldhun mandó construir una iglesia sobre un promontorio rocoso rodeado por el río Wear, para guardar las reliquias de san Cutberto. Alrededor de ella fueron surgiendo casas tanto para los monjes como para los constructores y artesanos que habían edificado la iglesia. En 1006 y en 1040 Durham fue atacada por los escoceses, pero se rehízo; en 1066 fue sometida por los normandos, y Guillermo I ordenó que se fortificara la ciudad. En 1071 nombró a un obispo normando y en 1072 mandó levantar un castillo al norte de la iglesia. Algún tiempo después, en 1083, otro obispo normando, que contaba con el consentimiento de Lanfranco, arzobispo de Canterbury, atrajo a veintitrés monjes benedictinos, les cedió tierras y creó un monasterio. El obispo era al mismo tiempo el abad del nuevo monasterio, regido por un prior. En 1093 se inició la construcción de una catedral, una iglesia nueva y grandiosa. Con el tiempo, visitas, peregrinaciones y donaciones hicieron de Durham un centro muy rico.

Un caso similar es el del priorato de Kingsbridge. A su sombra y a la de la construcción de su catedral se fueron formando primero una modesta aldea y luego un pueblo con artesanos especializados en distintos trabajos; con posterioridad un mercado por concesión real. Fue atacada y se procedió a su fortificación y reorganización conforme a un plano geométrico. Así se hizo importante y rica y terminó pidiendo al rey su sello municipal.

En general las ciudades tenían una topografía compleja, con varios centros en torno a los cuales se disponían las viviendas y las actividades urbanas. La catedral, el castillo, el mercado, las parroquias y los conventos de las órdenes mendicantes, que en el siglo XII optaron por instalarse en la ciudad, articulaban los núcleos, aunque era frecuente cierta confusión o la sensación de acumulación. Sin embargo, en las ciudades nuevas creadas en la segunda mitad del siglo XII suele darse mayor racionalidad e incluso algunos de sus trazados parecen «planificados».

Tal planificación se debió sobre todo al intento de combatir el mayor peligro para una ciudad que ha crecido de forma desordenada: el fuego. Pero las primeras reglamentaciones respecto a distancias, paredes y materiales de calles y casas, así como a la disposición de la basura y a la creación de pozos negros, no se hicieron hasta principios del siglo XIII.

El dato cierto que tenemos es que en el siglo XIII había en Inglaterra 172 ciudades con forma de parrilla perfectamente ordenada: Winchelsea, en Sussex, datado entre 1281 y 1288, mostraba una cuadrícula de 39 manzanas aún visible hoy. Es muy posible que este proceso y trazado hayan sido paulatinos, más acusados desde la segunda mitad del siglo XII. Los «urbanistas» de entonces podían inspirarse directamente en el trazado ortogonal de la ciudad romana (Winchester).

Toda ciudad estaba amurallada, y la muralla constituía una de las obras más importantes. Desde el siglo X se construía con piedra y, cuando se había levantado un apresurado muro de madera o tierra, enseguida se sustituía por el material más resistente. Se exigía una muralla sólida para garantizar la defensa del exterior, y por tanto que fuera robusta, alta e inaccesible como un castillo, lo que quiere decir que era una obra muy costosa en sí misma y que además requería un alto gasto en

mantenimiento: trabajos de reparación y de vigilancia, que se sufragaban con impuestos específicos.

En sus puertas, más o menos numerosas en función del tamaño y de la ubicación de la ciudad, se recaudaban impuestos de tránsito. Por la noche se cerraban como si la ciudad fuese una gran casa sellada, y cuando un curso de agua la atravesaba se ponían cadenas a través del río para evitar sorpresas de ladrones o enemigos que pudiesen penetrar siguiendo la corriente.

Por otro lado, las murallas también proporcionaban protección para el viento en invierno y cobijo del sol en verano. Sin embargo, en tiempos de crecimiento de la población, como es el caso que nos ocupa, las murallas tenían el inconveniente de que no se podían ampliar (ya hemos dicho que su coste era muy elevado). Esto hacía que se amontonaran las casas de pequeño tamaño, en su mayoría de madera o adobe, y se adosaran las unas a las otras en calles estrechas y más o menos tortuosas en función de su trazado.

En ningún caso la ciudad era mínimamente confortable según nuestro concepto actual. Los desechos comestibles arrojados a la calle se los llevaban los perros, las gallinas y sobre todo los cerdos. Las calles eran también cloacas a cielo abierto; los insectos se acercaban a los desperdicios, y los olores de los animales de los establos se mezclaban con los de las pieles secándose, la carne de la carnicería, el horno del pan, etc. En definitiva, una amalgama de olores que se combinaba con el ruido de las personas, los carruajes, los caballos que pasaban, el jaleo de los animales (ovejas, cerdos, gallinas, perros y gatos) y las campanas que convocaban a la oración y regulaban el tiempo de reposo y de trabajo.

La vida social y laboral se desarrollaba básicamente en la calle, delante de las entradas de las casas, donde había más espacio y menos humo. Los artesanos, pequeños comerciantes, vecinos, charlatanes, taberneros, todos confluían en las calles, en el exterior de las reducidas viviendas, talleres o establecimientos.

Los otros focos de vida social dentro de la ciudad eran la iglesia o catedral (si la había), la parroquia, en el caso de las ciudades grandes, y el mercado. Pero toda la actividad se desarrollaba bajo la luz del sol, porque en la noche la oscuridad era total. En las calles no había ninguna iluminación.

Las casas, ya fueran las de los más adinerados como algún comerciante o pequeños nobles locales, que se distinguían por su construcción de piedra, ya fueran las modestas viviendas de madera o de adobe, tenían una característica común: la ausencia de espacios y funciones diferenciados. Ni siquiera el dormitorio, situado con frecuencia en la planta superior, gozaba de intimidad. Todo se compartía, y el calor humano protegía del frío, el viento y la humedad. Las casas tenían ventanas pequeñas cerradas por contraventanas de madera que sumergían el interior en una gran oscuridad porque carecían de cristales (estos eran sumamente costosos incluso para los mejor situados). Para dejar penetrar un poco de luz y evitar la entrada de insectos se ponían telas enceradas o pergamino; y para aislar la casa de los rigores del clima se recurría a cubrir las paredes con telas, incluso forradas de pieles, pero esto solo podían permitírselo los ricos.

Una estancia con la cocina y el comedor en la planta baja, único lugar donde el fuego calentaba, y otra para dormitorio en la planta de arriba (y esto ya suponía un gran avance en la época) eran los elementos básicos; la única alteración era alargar el espacio inferior para albergar el taller, el establo, el almacén, etc., en función del oficio y de la categoría del usuario. Compartir habitación, compartir camas, era lo normal en casas, hospederías, hospitales, albergues de las catedrales y castillos. Las chimeneas eran un lujo aún no difundido, y solo las velas, pequeños fanales o la escasa luz de un brasero ahuyentaban la oscuridad de la noche. En estas condiciones era muy fácil que en cualquier momento y lugar se desencadenase el fuego; luego la proximidad de las casas hacía que se propagase el incendio, uno de los peligros más frecuentes en la ciudad.

Las increíbles construcciones religiosas, las relaciones comerciales con Normandía, Poitou y Flandes, el renombre de las grandes ferias laneras, la variedad de actividades de sus habitantes e incluso la novedad del propio fenómeno urbano, que se difundía y atraía aún más poblamiento, parecen acercarnos a un concepto actual de ciudad, pero nada más lejos de la realidad. En el siglo XII en Inglaterra no había grandes ciudades, y menos aún dotadas de fueros generosos y vasallas de la Corona. A principios del siglo XIII muy pocas ciudades tenían una población superior a los tres mil residentes: York, Norwich, Lincoln, Stamford, Leicester, Londres, Winchester, Thetford, Oxford, estaban entre ellas. Las ciudades de entonces eran pequeñas aglomeraciones semirrurales que estaban bajo el dominio de un señor laico o eclesiástico cuyos intereses comerciales y financieros eran decisivos para las actividades urbanas. En ocasiones, los ciudadanos sacaban ventaja del enfrentamiento entre los señores pero de ahí a ser independientes, como comunidad regida por alguien elegido y bajo la autoridad de la Corona, había un abismo.

Los archivos municipales más antiguos son de finales del siglo XII, salvo unos cincuenta documentos* del reinado de Enrique II que se refieren a los privilegios concedidos por el rey para la organización de mercados, la exención de peajes y el nombramiento de cargos municipales (alguaciles, coroners, chief portmen). Normalmente las ciudades negociaban con el rey el pago de una suma fija al tesoro real. Ni siquiera Londres —que, aunque disperso, era un gran centro urbano y cuyos notables parecían «grandes barones de la ciudad» y se mostraban sumamente activos— consiguió tener un alcalde electivo antes de la última década del siglo XII, época de la primera mención de ello. Habían obtenido del rey Enrique I privilegios como el arriendo de la ciudad y de todo el Middlesex y el nombramiento de su propio sheriff. Sus «barones» participaron en la elección de Esteban I y en 1141 se asociaron para expulsar a la emperatriz Matilde (Maud), pero fueron contenidos rigurosamente por Enrique II. Es cierto que algunas villas obtuvieron ciertos privilegios judiciales, comerciales o financieros a cambio de dinero, pero raramente se les permitió que tuvieran oficiales electivos.

En las ciudades más grandes y con mayor actividad comercial se asentaron comunidades judías, más destacables por su peculiaridad y labor profesional que por su número. Flamencos, normandos, franceses, italianos y alemanes también acudían a los centros comerciales y eran sumamente dinámicos en la actividad portuaria. Tenemos el

dato significativo de que en 1157 Enrique II concedió a comerciantes de Colonia el derecho a constituir su propia hermandad, de modo que podían defender sus intereses económicos, establecer sus normas para los negocios y garantizar la calidad, las medidas y la inspección del mercado.

Además de ser villas semirrurales en las que el orden y la organización convivían con el caos, las ciudades eran también sitios ajetreados y turbulentos. En 1202, al final del período que estamos tratando, se denunciaron en Lincoln 430 delitos, de los cuales 114 eran homicidios y 45 violaciones; y se ha llegado a decir que en Oxford, en el reinado de Enrique II, la proporción de asesinatos era mucho más alta que la de las ciudades norteamericanas del siglo XX.*

Primera edición: abril, 2007

© 1989, Ken Follett, *The Pillars of the Earth*

© 2007, Isabel Belmonte López, *Los pilares de la Tierra. La historia detrás de la novela*

© 2007, Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2007, con la colaboración y la documentación de Miguel Fernández Belmonte